

2018

El criollo y la esclavitud en Cecilia Valdés o la Loma del Ángel: potencia, resistencia y empoderamiento

Elvira Aballí Morell
Vanderbilt University

Follow this and additional works at: <https://trace.tennessee.edu/vernacular>



Part of the [Latin American Literature Commons](#), and the [Women's Studies Commons](#)

Recommended Citation

Aballí Morell, Elvira (2018) "El criollo y la esclavitud en Cecilia Valdés o la Loma del Ángel: potencia, resistencia y empoderamiento," *Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture*: Vol. 3 : Iss. 1 , Article 3.

Available at: <https://trace.tennessee.edu/vernacular/vol3/iss1/3>

This article is brought to you freely and openly by Volunteer, Open-access, Library-hosted Journals (VOL Journals), published in partnership with The University of Tennessee (UT) University Libraries. This article has been accepted for inclusion in Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture by an authorized editor. For more information, please visit <https://trace.tennessee.edu/vernacular>.

El criollo y la esclavitud en *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*: potencia, resistencia y empoderamiento

Las criollitas de Luis Felipe Wilson Varela (1930-2006) son una de las representaciones más interesantes que hay en el humor gráfico de la mujer cubana.¹ Estas caricaturas, que aparecen en 1962, tenían un espacio emblemático en el semanario humorístico *Palante*, contando con una amplia sección destinada a estas imágenes femeninas hiperbolizadas y a sus diálogos henchidos de gracejo y picaresca. La mujer recreada por este caricaturista no dista mucho de la criolla descrita por Cirilo Villaverde en *Cecilia Valdés*, casi un siglo antes. Hoy, el término criollo se encuentra en desuso a pesar de su importancia en los procesos nacionales en Cuba. Los signos de lo criollo evolucionaron y se ha dado por hecho que significa cubano. No obstante, entender lo que es ser criollo en nuestro pasado colonial puede ofrecer elementos importantes sobre la manera en la que se va construyendo la identidad del cubano y en la forma que esta identidad irradia al resto de las Américas.

La crítica reconoce las diferencias en el empleo del término entre el Caribe y el resto del continente americano.² La tendencia ha sido analizar al criollo desde una perspectiva continental, como hicieron Bolívar y algunos de sus contemporáneos sudamericanos en el siglo diecinueve. Por consiguiente, lo criollo en la cultura caribeña ha quedado desatendido. Aun cuando desde finales del siglo dieciocho este aspecto ha

¹ Las criollitas de Wilson constituyen un tipo de representación estereotipada de la mujer cubana desde su carácter de mulata atractiva y sensual. Estas caricaturas integran una serie de dibujos que parodian diferentes circunstancias de la vida cotidiana cubana. Aparecieron En estas caricaturas la mujer aparece como centro, al mismo tiempo que se representa desde su carácter de esteatopigia y de deseable.

² Una de las principales cuestiones que la crítica ha apuntado, al analizar este aspecto, es que la diversidad de geografía y de las condiciones históricas han aportado connotaciones diversas al vocablo criollo.

sido tratado desde diferentes perspectivas por Francisco Arango y Parreño, José A. Saco y, más tarde, por Fernando Ortiz, Enrico Mario Santí, Wualterio Carbonell y Antonio Benítez Rojo—lo criollo en el Caribe se ha relegado, ignorado, o no se ha tratado debidamente. Pienso que una de las razones principales radica en que no se han tenido en cuenta o no han sido suficientemente conocidos dichos trabajos teóricos. Por tanto, la tendencia ha sido a homogeneizar el concepto, dando por sentado lo criollo como un criterio unidireccional, en detrimento de sus particularidades caribeñas. En el caso particular de Cuba, *Cecilia Valdés* es, posiblemente, la novela de mayor valor historiográfico para la comprensión del pensamiento colonial. Al respecto, Antonio Bachiller y Morales, contemporáneo de Cirilo Villaverde, considera que las obras de “tipos y costumbres” como *Cecilia Valdés* constituyen una variedad del género histórico³. Lo que hoy consideramos una realidad palpable y la manifestación de una sensibilidad colectiva en torno a lo criollo, ha sido resultado de una sedimentación cultural que ya posee una forma concreta a finales del siglo diecinueve y que se encuentra reflejado textualmente en *Cecilia Valdés*. Este artículo propone analizar la visión ofrecida por Cirilo Villaverde sobre el criollo en su novela *Cecilia Valdés*; se encontrarán reflexiones encaminadas a demostrar que en la obra hay una visión de lo criollo a partir del mestizaje, resultado de la confluencia del africano y del español, no desde lo que se ha tenido como el paradigma de lo criollo a través de los siglos en Cuba—un concepto que no excluye, pero tampoco privilegia la mezcla.

La primera aparición de *Cecilia Valdés* fue en la revista cubana *La siempreviva* en el año 1839, como un cuento corto en dos entregas. En el mismo año hubo una segunda

³ En el “Prólogo” a su selección de artículos sobre *Tipos y Costumbres de la Isla de Cuba* (1881), declara que “hay en las obras sobre tipos y costumbres mucho más arte que otras variedades del género histórico” (9).

versión, de ocho capítulos, que también se publicó en Cuba, y una tercera y última, que data de 1882 y se elabora en los Estados Unidos lejos de la censura metropolitana. Con anterioridad a su exilio, Cirilo Villaverde se había vinculado al Círculo Delmontino, en el seno del cual se generaron una serie de textos sobre la problemática negra en Cuba. El grupo había orientado su mirada hacia Juan Francisco Manzano—el poeta esclavo al que los contertulios de Domingo del Monte manumitieron mediante una colecta—y había reunido una serie de textos abolicionistas que se nuclearon a partir de la *Autobiografía* y algunos poemas del esclavo y que vieron la luz tras la publicación de los mismos por el funcionario inglés Richard Madden. *Cecilia Valdés*, al menos en su nacimiento, se alimenta de la savia abolicionista del Círculo Delmontino. William Luis apunta a que la versión de 1882 de *Cecilia Valdés* posee un tono antiesclavista que no tenían las versiones previas en las que predominaba un tono abolicionista.⁴

Es preciso, antes de entrar en el análisis de la novela, ventilar cómo algunos críticos se han referido a lo criollo. Con esta finalidad parto de la definición del término ofrecida por Esteban Pichardo en su *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas* [sic]:

Criollo, Ila.–N. Adj.–Cualquiera cosa originaria o peculiar del país en comparación de otra exótica o ultramarina, y en este concepto es lo mismo que decir *de la Tierra*. // Criollo, Ila– Por excelencia la persona blanca nacida en el país con relación a la europea, y el negro nacido aquí

⁴ Véase en este caso el artículo de Luis, “Cecilia Valdés: The Emergence of an Antislavery Novel”.

de padres africanos; porque si estos son también Criollos, suelen titularse los hijos *Criollos rellollos*. (191)⁵

La definición de Esteban Pichardo es de 1838, sin embargo, no dista mucho de las nociones manejadas en Cuba a comienzos del siglo diecisiete. En el poema de Silvestre de Balboa, *Espejo de paciencia* (1604-1608), se emplea análogamente el término criollo. Por esta razón, en el poema encontramos el término tanto para referirse a Miguel Batista como a Salvador Golomón, a pesar de las diferencias raciales existentes entre los personajes. Estos son los versos sobre Miguel Batista, el blanco, en el poema de Silvestre de Balboa, “mancebo galán de amor doliente / criollo del Bayamo, que en la lista / se llamó y escribió Miguel Batista” (121); este es el que dedica a exaltar a Salvador Golomón, el negro, “¡Oh, Salvador criollo, negro honrado!” (130). En ambos casos se usa “criollo” en su acepción de oriundo de la tierra—la Isla de la Fernandina—y no se asocia lo criollo a la tez de la piel.⁶ Por otra parte, la utilización de criollo con este cariz se puede rastrear al siglo dieciséis. Su empleo en Cuba tiene más que ver con una identidad cultural que con una identificación étnica, y esto persistirá hasta el siglo diecinueve. En la acepción de Pichardo se habla de la cualidad de ser “de la Tierra”. José Juan Arrom consigna los versos de un soneto de un “vecino y admirador” de Silvestre de Balboa, Pedro de las Torres y Sifuentes: “Recibe, de mi mano, buen Balboa / este soneto criollo de la tierra / en señal de que soy tu tributario” (17). El vecino emplea “de la tierra”, que funciona en este caso como una especie de pleonismo para acentuar la calidad de lo

⁵ No pretendo hacer una exégesis lexicográfica del término, viajando en diacronía a los diversos usos que tuvo la palabra, pero considero que esta definición de Esteban Pichardo puede ayudarnos a matizar la base lexicográfica que Cirilo Villaverde estaba manejando.

⁶ “Antes de terminar el siglo XVI la voz ‘criollo’ ya se empleaba en Cuba—y en toda América—para designar esa nueva realidad cultural. . . la calidad de criollo no la daba la proporción de sangre europea, indígena o africana que corriese por las venas de un individuo” (Arrom 204).

“criollo”. “Ser de la tierra” y “criollo” son sinónimos en este caso, como se plantea en el *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*.

Hernán Venegas y Julio Le Riverend identifican el uso del criollo en un primer momento que denominan “siglo largo o del criollo” que abarca del dieciséis al diecisiete, viendo el dieciocho como un “paréntesis transicional” hasta el inicio de los procesos independentistas en el diecinueve (1). Por otra parte, Juan M. Vitulli y David M. Solodkow plantean la existencia de tres periodos o series de lo criollo en la América Española, pues para ellos el término presenta más movilidad que para Venegas y Le Riverend. Estos autores definen una primera, que denominan la “serie del estereotipo” y abarca desde 1560 hasta 1600, la cual se caracteriza por su “fijeza y ambigüedad”; una segunda que comprende el siglo diecisiete y que llaman “la serie de la agencia”, que se caracteriza por una “apropiación lingüística, una resemantización y creación del contra-estereotipo”; y una tercera y última, que comprende del año 1700 al 1810, donde se forma una consciencia de lo criollo, que “funciona como base o fermento de identidades proto-nacionales” (16-17).

Eduardo Torres-Cuevas observa que lo criollo aparece por primera vez a partir del siglo dieciséis en algunos documentos cubanos (259). Subraya que esta palabra no ha tenido jamás una connotación racial (259). Según este autor sus primeros usos solo aluden a los nacidos en América y en el siglo diecisiete, “es normal ver en los documentos la utilización de los términos ‘español peninsular’ [para referirse a los vascos, andaluces, castellanos] y ‘español americano’ [para los hijos de españoles nacidos en América]” (259). En este momento “español” es un concepto aglutinador. No obstante, se establece una diferencia entre los peninsulares del viejo continente y los que

emigran. El escritor Juan López de Velazco ya introduce la idea de un cambio psicosomático en los que vienen de España y comienzan a vivir en América, aún más visible en los nacidos en esta tierra:

Los españoles que pasan a aquellas partes y están en ella mucho tiempo, con la mutación del cielo y el temperamento aun no dejan de recibir alguna diferencia en el color y la calidad de sus personajes; pero los que nacen de ellos, que llaman criollos y en esto son tenidos y habidos por españoles conocidamente salen ya diferenciados en la [sic] color y el tamaño. . . y no solamente en las calidades corporales se mudan pero en las del ánimo suelen seguir las del cuerpo y mudando él se alteran también. (37)

La influencia del trópico, conjuntamente a “las condiciones sociales de un mundo separado por un océano de su centro político que no controla”, el cambio en los hábitos alimenticios y del vestir, el clima, y los diferentes modos de producción y sostenibilidad, alteran la sensibilidad del peninsular y promueven una identificación con la realidad americana, que permite el inicio de un distanciamiento psicológico de su *status* primigenio (López de Velazco 261). Esta adaptación gradual o *preacriollamiento* de las primeras generaciones de peninsulares y el nacimiento de una descendencia criolla, da paso a la segunda etapa, correspondiente al siglo XVIII, y que conllevó, para Torres-Cuevas, a un perfeccionamiento de este “mestizaje cultural”, en una nueva calidad: “lo cubano” (261). Según Torres-Cuevas el mestizaje desborda el concepto de criollo y en consecuencia lo criollo se vincula estrechamente a lo autóctono.

La prelación del criollo

La sociedad cubana que refleja *Cecilia Valdés* se reconoce como un nuevo resultado, como algo diferente de la peninsular. La oligarquía criolla muestra un interés por acentuar esta diferencia. Los criollos intentan mitigar las innumerables exclusiones políticas y la discriminación de la que eran objeto por parte de los peninsulares. La carencia de autonomía, de derechos y de acceso a los puestos más importantes en la Isla, destinados sólo a los españoles, son compensados por la oligarquía criolla mediante la lucha por una superación moral y económica. Los grandes terratenientes se trasladan a La Habana y administran sus ingenios y cafetales, desde sus caserones en la ciudad. La ostentación se convierte en uno de los móviles principales de la sociedad criolla decimonónica. De manera que, Villaverde no puede dejar de narrarnos en su novela los bailes de salón que se celebran en La Habana, en los que sobresalen los manjares y el lujo de los festines:

Aquella noche el teatro de la elegancia habanera sentó sus reales en la Sociedad Filarmónica. Brillaron allí con todo su esplendor el gusto y la finura de las señoras, lo mismo que el porte decente de los caballeros.... La cena se principió entre doce y una de la madrugada, y consistía en pavo de fiambre, jamón de Westfalia, queso, gigote excelente, ropa-vieja, dulces secos, conservas, vinos generosos de España y extranjeros, chocolate suculento, café y frutas de todos los países en comercio con la isla de Cuba (Villaverde 118-19).

Asimismo, Villaverde describe minuciosamente la estructura y el repertorio de las charangas francesas—orquestas tradicionales que amenizaban los bailes—y disecciona a

los asistentes y la manera en que visten y se relacionan con los otros invitados como si fuese una especie de crónica insertada en la ficción novelar.

En el fondo de esta consciencia de superación subyace una profunda “herencia psico-social [traducida en] un sentido propietario de la tierra” (Venegas y Le Riverend 42). Las élites criollas disfrutaban del privilegio de ser los dueños originales de Cuba y por ende merecedores de la prelación.⁷ En el matrimonio de los Gamboa, Don Cándido se haya en una posición de desventaja con relación a Rosa. La criolla es la dueña legítima del ingenio La Tinaja, y su dote al casarse comprendía otras propiedades también, lo cual hace que ella posea un capital superior al de su esposo al comprometerse. Don Cándido pudo acrecentar el capital inicial por las ganancias del comercio ilegal de esclavos en sus barcos.⁸

Los criollos como Rosa Gamboa disfrutaban de su posición acomodada y se jactan de poseer una prosapia. Aunque Rosa se ha casado con un español de origen incierto, ambos promueven la endogamia de clase, del tipo de la que se espera produzca un matrimonio entre Isabel Ilincheta y Leonardo Gamboa. Dicha unión es concebida con la finalidad de perpetuar esta “élite criolla”. En lo que se refiere a la joven Ilincheta, no es un buen partido en términos monetarios. Su dote es un cafetal casi en la ruina, por lo que en este casamiento solo es útil desde la perspectiva del “apellido”. El matrimonio Gamboa está dispuesto a aceptar a Isabel, cuya economía es inferior, con tal de preservar su status. Ellos buscan un tipo de alianza marital que permita el añejamiento de la oligarquía criolla a la cual representan Rosa e Ilincheta. Rosa declara que la madre le

⁷ La prelación es “el derecho de prioridad que los criollos exigían para sí” en la provisión de todos los cargos vacantes y de las tierras el cual surge a partir del siglo dieciséis. Venegas y Le Riverend 28.

⁸ Rosa Gamboa trata de destacar la gestión personal de Cándido delante de su hijo Leonardo, en el espacio privado ella le recalca a su esposo su preeminencia. Villaverde 83, 94.

aconsejaba que no se casara con un hombre “de opuesta religión o naturaleza” a la suya aludiendo a un matrimonio desventajoso entre Rosa y Cándido (Villaverde 209). En la obra sobresalen los intentos de Cándido Gamboa por granjearse un título nobiliario para limpiar la mácula—que representa su origen humilde—en la estirpe criolla de su mujer. En varias ocasiones se menciona la desfavorable condición económica y de foráneo de Gamboa, sobre la cual dice el sastre Uribe: “Don Cándido, el otro día como quien dice, andaba con la pata en el suelo. Me parece que lo veo cuando llegó de su tierra: traía zapatos de empleita (quiso decir pleita, mejor, alpargatas), chaqueta y calzones de bayeta y gorro de paño” (Villaverde 105). Don Cándido es de calidad inferior a Doña Rosa (209). Él le cuestiona si ella hubiera preferido “un criollo jugador y botarate”, y ella replica: “Pero jugador o no, es probable que el criollo, el paisano mío, se hubiera portado conmigo con más lealtad y decencia. De seguro que el criollo no me hubiera engañado por el espacio de doce o trece años” (209). Dos palabras son fundamentales en este pasaje “lealtad” y “decencia”, las cuales Rosa Gamboa considera privativas de su condición de criolla y de las cuales su esposo no goza. Familias acaudaladas como la Gamboa buscan una candidata criolla con prosapia. Por consiguiente, Cecilia, mulata huérfana y paupérrima, es a Leonardo Gamboa lo que un juguete a un niño.

En la agenda de los Gamboa—la familia criolla de Cuba por antonomasia—está encontrar una prometida para su primogénito, dentro de su clase, con la cual sea posible perpetuar su estirpe. Sin embargo, Le Riverend apunta a un hecho fundamental de la sociedad decimonónica que, por supuesto, ocurre en la novela: “la simultaneidad de familias. . . no manchaba la honra de la casa y unión oficiales, pues la otra carecía de ella, según las normas sociales, aunque en ocasiones se forjaban lazos de sentimientos

paternales muy sólidos y públicos” (132). Este es el caso de los hombres Gamboa, con el debut de Cándido, quien le es infiel a su esposa con la mestiza Rosario Alarcón, y luego, su hijo Leonardo con Cecilia. La proclividad del hombre rico a enamorar extramatrimonialmente a una mujer de clase baja, mestiza o negra, libre o esclava, es una de las constantes que enfrentamos en la época y no constituye estigma social alguno. A todo esto, en el censo poblacional de Cuba de 1841 hay “498.000 esclavos, 162.000 libres de color y 440.000 blancos” (Comisión de Gefes y Oficiales 8). O sea, para 1841 la población “esclava” y “libre de color” representaba un 60.36 por ciento de la población de Cuba. Esta mezcla interracial, en una sociedad patriarcal como esta, generó también un sinnúmero de bastardos mestizos. La historia del criollo blanco acaudalado que intenta seducir a la mulata o la negra, y de la prole de estas aventuras es muy común en la literatura de la época, tal es el caso de *Francisco o las delicias del campo* de Anselmo Suárez y Romero, con el triángulo amoroso entre Ricardo, Francisco y Dorotea; y *Petrona y Rosalía* de Félix Tanco y Bosmeniel, donde tanto la madre como la hija, ambas esclavas, son deseadas por los amos blancos y estos hechos son, precisamente, el resultado de una demografía en la Isla. Desde los propios números ya se está creando la plataforma para el mestizaje étnico y cultural que caracterizará al criollo.

El criollo cubano busca desesperadamente su singularización. La clase alta compra los últimos modelos en las relojerías y en las sastrerías de lujo como las que Leonardo Gamboa frecuenta. En el caso de las señoritas esta aspiración es visible, no solo en las ropas, sino en elementos aparentemente tan simples como los paseos en quitrines y volantas, otro tipo de manifestación de poder económico dentro del diálogo de clases. Por añadidura, casi toda la novela se desarrolla en La Habana, centro de cultura y poder de la

Isla. Una ciudad que debe su esplendor a “los criollos enriquecidos [que] condicionarán las transformaciones urbanas y arquitectónicas” en el siglo diecinueve (Segre 127).⁹ Los habaneros se empeñarán en construir una ciudad en concordancia con el epíteto “la Perla de las Antillas” y todo este lujo estará fundado sobre la explotación de la tierra y la esclavitud, mediante el sistema de plantación en las Antillas—“organismos sociales deformes” en términos de Manuel Moreno Fragnals (1).¹⁰ La riqueza de los Gamboa está fundada sobre la base de la explotación de la mano de obra esclava. Los intentos de tecnificación del ingenio la Tinaja, con la inserción de la máquina de vapor, no se hacen con el fin de prescindir del esclavo, sino con el objetivo de aumentar la producción azucarera y de esta forma costear los lujos de la familia.

Dentro de las ansias de superación del modelo peninsular por parte de la élite criolla, encontramos otra manifestación importante: la formación de sus hijos. Los esposos Gamboa discuten sobre la educación de Leonardo, el primogénito. Rosa es capaz de hacer cualquier cosa porque su hijo culmine sus estudios en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, mientras que Cándido prefiere embarcarlo en una goleta o que comience a regir los destinos del ingenio, para lo cual, en el criterio del padre no le servirá de nada la instrucción que recibe en el Seminario. Este es uno de los casos que demuestran la polaridad entre el criollo y el peninsular, representados por Rosa y por Cándido, indistintamente. Lo externo—desde su calidad de invasivo por ser no-mezclado—entra en pugna con lo criollo, a pesar de que existan nexos de índole marital o filial. La emulación es una constante en el criollo, quien intenta a toda costa reafirmarse

⁹ La Fuente de la India, emplazada hoy frente al Hotel Saratoga, en la Habana Vieja, fue la primera fuente de la Habana y fue financiada por los criollos.

¹⁰ Para la profundización en las frases por las cuales se conocía a la Isla en esta época sugiero la lectura del ensayo “Sociedad imaginada: la isla de Cuba en el siglo XIX” de María del Carmen Barcia.

en un proceso de mejoramiento continuo del paradigma peninsular. No obstante, Leonardo y la mayoría de sus amigos son desafortunados émulos de su tiempo, y se despreocupan de sus estudios. Cirilo Villaverde enfatiza el desahucio de esta juventud y la proclividad a la apetencia de bienes materiales y a la disipación de la “generación del 30”, preocupándose porque en el seno de la sociedad habanera de *Cecilia Valdés* se fomentan los típicos “eruditos a la violeta” de José Cadalso, también por la situación que le impulsa a esto:

Después de cada uno de esos dos breves periodos [los dos momentos constitucionales entre 1808-1813 y 1821-1823] habían pasado sobre Cuba la ola del despotismo metropolitano [despotismo ilustrado de Carlos III] y borrado hasta las ideas y los principios sembrados con tanto afán por ilustres maestros y eminentes patriotas. Habían desaparecido los periódicos libres, los folletos y los pocos libros publicados en las épocas memorables, de los cuales, si existía uno que otro ejemplar era en manos del bibliógrafo, que tenía doble empeño en ocultarle. (Villaverde 80)

La instancia autoral sitúa a estos jóvenes en un país en crisis: en “estado de sitio” y “avasallado”. Sobre Leonardo y sus amigos asevera que tienen un “carácter platónico... que no se fundaba en el sentimiento del deber, ni en el conocimiento de los propios derechos como ciudadano y como hombre libre” (Villaverde 79-80). Por la otra parte, Leonardo ha desarrollado magistralmente su rechazo al peninsular y lo que parece ser un incipiente y desorientado deseo independentista:

Como criollo que empezaba a entrar en el roce de las gentes mayores y a estudiar jurisprudencia, sí se había formado idea de un estado mejor de sociedad y

de un gobierno menos militar y opresivo para su patria. Sin embargo, aunque hijo de padre español que, siendo rico y del comercio visitaban con frecuencia paisanos suyos, ya sentía odio hacia estos, mucho más hacia los militares, en cuyos hombros, a todas luces, descansaba la complicada fábrica colonial de Cuba. No cabía, por ende, que le hiciera buena sangre el que un militar le soplase la hermana querida; antes fueron tan vivos los celos que experimentó, como profundo era el odio que le inspiraba el hombre en su doble carácter de soldado y de español. (82)

La “complicada fábrica colonial” que se menciona en el fragmento anterior descansa sobre la esclavitud, no sobre el régimen de represión metropolitano. Pero Leonardo no ha adquirido el más mínimo sentido sobre esto. El joven Gamboa rechaza al soldado peninsular que pretende a su hermana, como mismo detesta a su padre andaluz, y por consiguiente a la Metrópolis y sus signos. Empero, este recelo no es privativo de Leonardo. La relación entre Rosa Gamboa y su marido Cándido también surgen tensiones de este tipo. Aunque Rosa Gamboa cuida la imagen del padre ante los hijos, en los diálogos privados de este matrimonio se establecen muchas tensiones que dejan al descubierto la situación de desventaja en la que se encontraba Cándido con relación a Rosa Gamboa, cuyo caudal “era mucho mayor y saneado” cuando contrajeron nupcias. Ella “se había casado por amor, no obstante, la oposición de su madre” (209–10). Ya sabemos que, si bien al hijo le viene del padre el gusto por las mulatas, a la hija le viene de la madre el gusto por el peninsular.

En Cándido Gamboa, no solo recae la tensión de ser foráneo, sino también el hecho de haberse convertido en un negrero hábil. Cuando Leonardo recibe la noticia de

que su padre va a recibir un título nobiliario, le dice que es “nobleza comprada con la sangre de los negros que tú y los demás españoles robaban en África para condenarlos a la eterna esclavitud” (Villaverde 392). Ante los ojos del hijo, la esclavitud también recae sobre los hombros del peninsular. Cándido posee una sensibilidad totalmente distanciada de la realidad criolla que experimenta su hijo como nacional.

Isabel Ilincheta y María de Regla

El “Prólogo” de *Cecilia Valdés* inicia con una dedicatoria: “a las cubanas”, y termina diciendo “si el tono general de la composición es más animado, débese en mucha parte a los consejos de mi esposa, con quien he podido consultar capítulo tras capítulo, a medida que los iba concluyendo” (Villaverde 7). ¿Acaso, el autor está haciendo alusión a una coautoría? Ese no es el caso que nos ocupa, a pesar de que sería interesante develar los signos de una escritura femenina en la novela. Sin embargo, sí hemos de reconocer que las mujeres son fundamentales en esta obra para entender lo criollo. No nos referimos solamente a la mujer blanca y educada como Isabel Ilincheta, sino también a las criadas como María de Regla, el ama de leche.

Las dos criollas blancas más importantes de la novela son Isabel Ilincheta y Rosa Gamboa y funcionan como contraparte una de la otra. La primera va a llegar al matrimonio sin un centavo, mientras que la segunda es riquísima, pero... ¿qué hace de Isabel una candidata apta para el matrimonio con Leonardo? Sabemos de la señorita Ilincheta que es:

Mayordoma, cajera y tenedora de libros, y cree que primero es la obligación que la devoción. Lleva cuenta del café que se recolecta, del que

se descascara, escoge y ensaca, del que se remite a la Habana. Cuando se vende glosa ella las cuentas de refaccionista, cobra y paga. Todo como un hombre. (237)

Isabel es una mujer sin igual. No solo porque se ocupa de las finanzas y las propiedades del padre, sino también porque es un ama ejemplar—en el Cafetal la tienen por una “dueña cariñosa y blanda” y al partir es despedida por un coro de esclavos en pena (Villaverde 251). La joven constituye un paradigma casi inexistente en la literatura contemporánea a Cirilo Villaverde: en primer lugar, Isabel subvierte el ideal del ángel del hogar y, en segundo, posee una posición abolicionista.

A diferencia de Leonardo, su pretendiente, Isabel no disfruta y evita por todos los medios la punición de los esclavos sin dejar de llevar responsable y organizadamente su cafetal. Ella no acostumbra a perder el tiempo en frivolidades como las hermanas Gamboa que persiguen *La Moda o El Recreo Semanal del Bello Sexo*, una publicación dirigida, precisamente, a las mujeres de sociedad, a esos ángeles del hogar que habían de ser instruidos con la delicadeza de su posición (Villaverde 88). Esta revista tenía como lema los versos de Propercio que Quevedo “imitó” y que “pueden pasar por traducción”, como el propio poeta asegurara: “Escribe en blando y dulce y fácil verso / cosas que cualquier niña entender pueda” (Fernández-Guerra 486). El verso en el que se ha de comunicar ha de ser “blando”, “dulce” y “fácil” para que las “niñas” entiendan. O sea, las señoritas a las que está destinada esta revista no son Isabel Ilincheta—tenedora de libros y mayordoma del cafetal La Luz—sino las que deben ser tratadas con una lindeza retórica que les permita procesar la información.

En la discusión que sostiene el matrimonio Gamboa, Rosa declara que ella no está de acuerdo con el matrimonio entre Ilincheta y su hijo Leonardo. Ella ha aceptado porque su marido ha orquestado ese plan. Los reproches de Cándido sobre la manera en que ella ha educado a su hijo varón son constantes y le reprime por su carencia de rigor ante los atropellos de Leonardo: “eres ciegas para sus faltas [las de Leonardo]. . . tus mamanteos van a perder a ese muchacho” (54). Esta cualidad de ser madre enceguecida la atribuye Cándido a “las madres criollas” (375). Desdichadamente eso es lo que ocurre; Rosa favorece tanto a Leonardo que llega a propiciar que Cecilia y él puedan tener una casa de alquiler para sus encuentros, a pesar de los vínculos filiales entre ellos. Ella que tanto ha criticado a su esposo por tener una relación extramarital, termina contribuyendo a la disipación de su hijo.

Cándido Gamboa considera que Isabel tiene la capacidad de morigerar a Leonardo. Ella deviene el guante que dará la forma al libertinaje del primogénito de los Gamboa ya que Isabel no reúne las características de una joven de su edad, comparándola con las hermanas de Leonardo. En cuanto a su apariencia física es moderada, casi viril. Ella no es las despampanantes Cecilia o Adela. En resumen, la belleza de Isabel es otra, aquella que planteaba José María Heredia: del tipo “moral” en el “Himno del desterrado”. Isabel es buena hija y hermana, es modesta, posee una gran inteligencia y es justa y caritativa. En cambio, las acciones caritativas de Doña Rosa Gamboa se pueden sintetizar en actos de demagogia. Cuando la señora Gamboa quita los grillos al esclavo Chilalá y ofrece perdón a los cimarrones está cumpliendo con un mero gesto de cortesía para con sus invitados. Estos actos de justicia son para la vista de Meneses, “joven instruido”, e Isabel, “tan enemiga de los castigos”, como asevera la anfitriona (288). La señora

Gamboa está muy preocupada por el escándalo que puede provocar entre sus invitados las inclemencias y los excesivos castigos a la negrada a manos del mayoral Don Liborio al punto de despedirlo. A pesar de que Doña Rosa Gamboa trata de salvar la situación en el ingenio, esta es la semblanza de aquel espacio en el corazón de Isabel:

había podido observar cosas que, aunque oídas antes, no las creyó nunca reales y verdaderas. Vio, con sus ojos, que allí reinaba un estado permanente de guerra, guerra sangrienta, cruel, implacable, del negro contra el blanco, del amo contra el esclavo. Vio que el látigo estaba siempre suspendido sobre la cabeza de este, como el solo argumento y el solo estímulo para hacerle trabajar y someterle a los horrores de la esclavitud. Vio que se aplicaban castigos injustos y atroces por toda cosa y a todas horas; que jamás la averiguación del tanto de la culpa precedía a la aplicación de la pena; y que a menudo se aplicaban dos o tres penas diferentes por una misma falta de delito; que el trato era inicuo, sin motivo que le aplacara, ni freno que le moderase; que apelaba el esclavo a la fuga o al suicidio en horca, como el único medio para librarse de un mal que no tenía cura, ni intermitencia.

(Villaverde 292)

Isabel se ha quedado perpleja ante la actitud impasible de los amos de la plantación. Se sensibiliza con el caos y la miseria en la que viven los esclavos de los Gamboa. No se siente capaz de tomar las riendas de una situación como esa después de casarse con Leonardo Gamboa. Ella está convencida de que Leonardo comparte las mismas proyecciones de sus padres. En el tiempo que ha transcurrido en el ingenio ha podido contrastar la realidad tan diferente que hay en el cafetal La Luz. A los esclavos de La

Tinaja no les queda otro remedio que el cimarronaje o el suicidio. Ella representa el tipo de voz que es silenciada en la Cuba de la época, en la cual una institución tan inhumana como la esclavitud de los hombres es vista como el más natural de los procesos económicos.

Después de algunos intentos fallidos para obtener el perdón de Rosa Gamboa, María de Regla pide encontrarse con Adela, su hija de leche.¹¹ La niña Gamboa accede a recibirla en su recámara, donde acompañada por su hermana y por el resto de las mujeres de la familia Ilincheta, escuchan atentamente el relato de la esclava. En el pasado, antes de llegar a manos de los Gamboa, María de Regla había pertenecido a otra familia. En el seno de su primer hogar adquirió cierta instrucción que la diferenciaba del resto de los esclavos. María de Regla es descrita como una “mujer de talento y de algún trato social” y “con natural perspicacia, carácter dulce y simpático” (298). Sorprende, al mismo tiempo, cómo ella se torna la voz más fehaciente para narrar los eventos del suicidio de Pedro, esclavo fugitivo que se encuentra en la enfermería herido después de ser atacado por los perros de la cuadrilla que le dio caza. En la novela se presenta una doble perspectiva de este evento, la de la esclava y la del médico del ingenio. El discurso del doctor está premiado de una retórica naturalista que resulta al lector superficial, mecánica e insensible. Los detalles del suicidio narrados por la esclava, por el otro lado, están coherentemente organizados y son más plausibles. Los talentos de la esclava son reconocidos al punto de que, en conversación de los hombres en el ingenio, Cándido Gamboa atribuye a la manera de ser de la negra el castigo que está padeciendo en el campo. Igualmente, ella narra su historia enfatizando la desventaja que ha traído a su vida

¹¹ La acción de “dar papel” se refiere a la plasmación por escrito de la autorización que el dueño daba al esclavo para buscar trabajo fuera de los dominios del patrón.

el ser esclava, moviendo los ánimos de los receptores con un discurso casi impecable, que ha sido reconocido por Juan Gelpí, quien considera que María de Regla posee un discurso libre de bastardillas, que le permite separarse del resto de los negros y mestizos que encontramos en la novela.¹²

Pero María de Regla no es construida solamente desde el espacio de la oratoria, sino también desde la imagen de la nodriza negra criolla. En la época es muy común que las criollas adineradas no amamanten a sus hijos, como rezan los versos de “El hijo del rico” (1849) del poeta cubano Juan Clemente Zenea: “Fuiste rico al nacer, y en ese instante / Tu madre te negó la miel del pecho / por temor de que ajases su belleza” (173).¹³ Rosa Gamboa no puede lactar a su hija. En consecuencia, la negra asume la lactancia de Adela, la hija menor del matrimonio de los Gamboa. Acto seguido, sus dueños encomendaron la crianza de Dolores, su hija biológica, a una esclava vieja y destinaron a María de Regla a la alimentación exclusiva de Adela, la niña blanca. Tiempo después, la esclava es sorprendida por la ama Rosa dándole el pecho a las dos niñas y por este hecho fue desterrada del espacio doméstico de La Habana y puesta como enfermera del hospital del ingenio, cuando la niña Adela pudo alimentarse sola.

El potencial materno de María de Regla se manifiesta también en su calidad de negra fecunda, elemento que no es privativo de *Cecilia Valdés*. En “*Fecundidad extraordinaria de dos mujeres cubanas*” de José A. Saco, se narran eventos acaecidos a finales del dieciocho, donde una negra preñada muere en el trabajo de parto por tratar de

¹² Juan Gelpí en su ensayo “El discurso jerárquico en Cecilia Valdés” distingue entre “lengua civilizada” y “lengua bastarda”. Nos interesa la definición de esta última como “una oralidad que se encuentra fuera de la ley o norma lingüística” (48).

¹³ En este poema de Juan Clemente Zenea la nodriza negra es el comienzo del camino a la perdición del infante, pues ella con su ignorancia no tendrá nada que aportar al niño que no sean supersticiones e ignorantes criterios.

dar a luz quintillizos. El texto narra la historia de la esclava de un Presbítero que había tenido otros partos múltiples—de gemelos—y que los bebés que se malograron tenían tamaño normal, poco común en embarazos de quintillizos. Así mismo, este mito de la fecundidad de la negra se reproduce en la propia escritura del Juan Francisco Manzano quien, en su *Autobiografía*, habla de cómo su madre había dado a luz gemelos, también. O sea, es un criterio común a un escritor blanco y a un escritor negro, con orígenes totalmente diferentes.

Sin embargo, algunos doctores de ingenios, entre los que se encuentran José R. Montalvo, Vicente B. Valdés y J. Wurdermann, hablan de la infecundidad de las esclavas en las plantaciones, por diferentes causas entre las que sobresalen la poligamia, las afecciones uterinas por los abortos auto-provocados, y el régimen de trabajo (Fraginals 49–50). Wurdermann asevera que “la mujer de color esclava es menos fecunda que la blanca y que la de su misma raza viviendo en libertad” (citado en Fraginals 50). María de Regla no solo ha dado a luz dos hijos en La Habana—su primogénito, que murió de corta edad por “el mal de los siete días”, y Dolores—, sino que también ha parido en el ingenio—su hijo varón Tirso, fruto de su amor con el carpintero vizcaíno (Villaverde 12).¹⁴ ¿Por qué, entonces, Cirilo Villaverde enfatiza la fertilidad de María de Regla?

De muy poco le ha servido esta esclava ser fecunda tanto en ardides como biológicamente. Villaverde expone, por una parte, que la familia de la esclava se encuentra totalmente desarticulada sin la presencia de la madre.¹⁵ Su esposo Dionisio ha tenido varios desenlaces trágicos en los que casi pierde la vida y la hija Dolores está a

¹⁴ El mal de los siete días se refiere al tétanos infantil.

¹⁵ La madre esclava juega un papel fundamental en las relaciones socioeconómicas del sistema esclavista de la plantación, no solo como proveedora de futuras *piezas* al amo, sino también porque el nacimiento de niños se establecían núcleos familiares matriarcales. Véase Fraginals 41.

punto de caer en las garras de Melitón, el mayordomo de la casa de los Gamboa. Durante su estancia en el ingenio ha nacido Tirso, un hijo mestizo de la unión de la esclava con un vizcaíno, que recusa de su madre. Tirso al igual que Dolores han sido arrancados de su seno y llevados a servir como calesero a los amos.¹⁶ Esta visión de desgarramiento familiar acentúa los desmanes de la esclavitud, pero este no es el único fin que persigue la instancia autoral.

María de Regla posee una dimensión simbólica que contribuye a su diseño como madre en el propio nombre elegido para ella. En primera instancia, su nombre alude a la Virgen María en su carácter de madre nutricia, que es recreada plásticamente a través de la figura de la *madonna de latte*—en las representaciones de la Virgen alimentando al niño Jesús—; y, en segunda instancia, representa el equivalente católico a la orisha Yemayá, que simboliza el útero de la naturaleza por su fertilidad, y ha criado en la mitología yoruba a los otros que no eran sus hijos: los ibeyis, hermanos gemelos—por metonimia Adela y Cecilia (Cabrera 20-21).¹⁷ En María de Regla ocurre la simbiosis de las dos religiones—el catolicismo y la santería—en un evidente sincretismo religioso.¹⁸ Según

¹⁶ Aquí se expone como el separar a las familias genera una proclividad a la infidelidad. La esclava está casada con Dionisio, el cocinero de los Gamboa. Al ser desterrada al ingenio y separada forzosamente de su familia, no solo ha sido deseada por el vizcaíno, sino también por el mayoral Don Puñales, por el médico, y otros tantos hombres blancos que intenta ejercer su poder sobre ella.

¹⁷ Agradezco el aporte del lector anónimo de este artículo por sugerir la alusión textual al parecido de las dos niñas, Adela y Cecilia, en voz del personaje-narrador María de Regla: “Ni gimaguas [sic] se hubieran parecido tanto”. Villaverde, 318.

¹⁸ Claramente, al llamar “Virgencita de Bronce” a Cecilia, la instancia autoral está atribuyendo a la mulata las cualidades de la patrona de Cuba, La Virgen del Cobre, la cual encuentra su equivalente, en la santería, en la figura de Oshún. De hecho, la visión de Humberto Solás en su largometraje *Cecilia* (1982) es precisamente la del sincretismo religioso, parangonando la figura de Cecilia a Oshún y a José Dolores Pimienta con Changó.

José Juan Arrom el sincretismo es un elemento connatural al criollo.¹⁹ Forma parte de la idiosincrasia del criollo cubano.

Coda

A partir de las reflexiones anteriores se pueden inferir algunas consideraciones finales. Es preciso entender que la esclavitud es un sistema que indefectiblemente está impactando a la sociedad criolla decimonónica, no sólo desde el aspecto económico, sino también desde el moral. Las relaciones se articulan y desarticulan a partir de la esclavitud y lo criollo se reproduce obligatoriamente a partir del diálogo con este elemento. Podría pensarse que la endogamia de clase constituye un mecanismo propicio para perpetuar al criollo blanco, sin embargo, constituye una estrategia estéril en tanto método de conservación de la élite criolla según lo que plantea la novela. La frustración del matrimonio entre Leonardo Gamboa e Isabel Ilincheta; el asesinato del primero a manos de José Dolores Pimienta; y la reclusión de Isabel en el convento; son los eventos que manifiestan la frustración del proyecto de proliferación de la oligarquía criolla. Estos acontecimientos son expresión de la prevalencia de la mezcla sobre lo blanco y de la redefinición de lo criollo, a partir del mestizaje al permitir que Cecilia y María de Regla, se reproduzcan.

En virtud de cierta herencia psico-social sobre la tierra y de la prelación, el hacendado criollo cree poseer ciertos privilegios que en realidad son desplazados y cedidos. Los criollos blancos no pueden mantenerse inmaculados. Como mismo el colono peninsular cede involuntariamente los derechos al criollo blanco, igualmente ocurre entre

¹⁹ En su ensayo “La Virgen del Cobre: historia, leyenda y símbolo sincrético”, José Arrom prueba como el mito de la aparición de la imagen, a inicios del siglo diecisiete, está preñado de una mistura de referentes de origen indio—que desapareció con el tiempo—y africano.

el blanco y el mulato. El mestizaje signa el futuro del criollo y, por consiguiente, del cubano. El relacionamiento entre criollos en la novela muestra la empatía y, hasta la propensión a la complicidad. En *Cecilia Valdés* los personajes criollos negocian, aunque dicha negociación sea vertical en la mayoría de los casos: la mulata Cecilia trata de ascender mediante sus relaciones con Leonardo Gamboa; la esclava María de Regla intenta trocar su *status* de enfermera del ingenio La Tinaja y así regresar a la Habana; Leonardo se rebaja para estar con Cecilia y, también, para estar con Isabel Ilincheta, cuya dote es insuficiente. Esta negociación, desde el plano de la efectividad, es posible solo entre los criollos. Esto no quiere decir que no halla intentos de negociación y de alianza entre peninsulares y criollos, como en el caso del matrimonio entre Rosa y Cándido Gamboa, pero este tipo de negociación es más forzada y no goza de la naturalidad de los intercambios políticos que se dan entre criollos.

Este análisis privilegia de alguna manera a dos de los personajes femeninos, aparentemente irrelevantes: Isabel Ilincheta y María de Regla Santa Cruz. Ambas figuras han sido perfiladas por la instancia autoral atendiendo a su validez dentro del ideal criollo y abolicionista. Una no puede existir sin la otra. El discurso de Isabel está diseñado para reforzarse a partir del de María de Regla, y viceversa. Aunque las dos no se relacionan en la trama y sus destinos apenas se entrecruzan, cuando analizamos la obra en su conjunto, y cotejamos ambos personajes constatamos que una prefigura a la otra. El discurso abolicionista de Isabel se ampara también en otras plataformas a lo largo de la novela, sobre todo en su contraposición a Rosa Gamboa, pero María de Regla, es la base más sólida con la que cuenta el personaje de la joven Isabel Ilincheta para mostrar la validez de su tesis abolicionista. Después de su contacto con el testimonio de la esclava—

mediante un proceso de enseñanza/aprendizaje—, hay un cambio de la perspectiva de Ilincheta acerca de los Gamboa; ella cuestiona las prácticas del poder de su sociedad al mismo tiempo que lo ha hecho María de Regla, desde lo privado, narrando los diferentes hombres en el ingenio, que la desean y la presionan, desde su condición de libres, blancos, superiores—el médico, el mayoral Don Puñales y el vizcaíno. La identidad criolla también se traduce, en este caso, en una forma de socialidad que enfatiza la posibilidad del criollo de ser el agente de cambio en estas propuestas de nueva sociedad.

Como se ha expuesto anteriormente, la figura de la madre esclava sustituta es fundamental en la creación del criollo, ya que en el propio acto biológico de amamantar está transmitiendo toda una savia negra a través del contacto del bebé blanco con leche de la esclava, tema este que no resulta ajeno a los filósofos y a los médicos de la época. La madre de leche negra se convierte en uno de los hitos del mestizaje. El acto de lactar en María de Regla contiene, a nivel simbólico, tanta importancia como el propio resultado de la cópula entre blancos y mulatos y negros.

Isabel en su carácter de blanca criolla impoluta, representa a una clase estancada, destinada a perecer, mientras que María de Regla, por su adaptabilidad y flexibilidad, es la escogida para perpetuarse en su descendencia. El patrón a subsistir lo constituye el mestizo. El hecho de que Isabel no tiene hijos elide la posibilidad de multiplicación de lo que ella representa como clase. María de Regla es la madre de las tres razas—Adela, blanca; Cecilia y Tirso, mulatos; Dolores, negra—desde su posición de ama de leche y desde su condición de madre biológica. Su descendencia está garantizada y perpetuada a partir de la mezcla. La criollita de Wilson es una refracción de María de Regla y de su prole.

Obras citadas

- Arrom, José Juan. *Certidumbre de América. Estudios sobre letras, folclore y cultura*. Gredos S. A., 1971.
- Bachiller y Morales, Antonio. *Los negros*. Ciencias Sociales, 2014.
- Balboa, Silvestre. *Espejo de paciencia*. Cátedra, 2010.
- Barcia Zequeira, María del Carmen. “Sociedad imaginada: la Isla de Cuba en el siglo XIX,” *Contrastes*, vol. 12, 2001-2003, pp. 21-41.
- Cabrera, Lydia. *Yemayá y Ochún: Kariocha, Iyalorichas y Olorichas*. Colección de Chicherukú en el exilio, 1980.
- Cadalso, José. *Obras de Don José Cadalso: Eruditos a la violeta*. Forgotten Books, 2016.
- Comisión de Gefes y Oficiales. *Resumen del censo de población de la isla de Cuba a fin del año de 1841 formado de orden de Excmo. Sr. Capitán de la misma por una comisión de gefes y oficiales nombrada específicamente para verificarlo precedido de una advertencia preliminar y notas justificativas del director de la omisión*. Imprenta del Gobierno por S.M., 1842.
- Fernández-Guerra y Aureliano Orbe, editores. *Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Obras de Don Francisco Quevedo y Villegas*. M. Rivadeneyra, 1876.
- Fraginals Moreno, Manuel. *El ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*. Ciencias Sociales, 2014.
- Gelpí, Juan G. “El discurso jerárquico en *Cecilia Valdes*,” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 17, 1991, pp. 47–61.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Obra selecta*, editado por Enrique Saíns, Verbum, 2014.

Heredia, José María. “Himno del deterrado.”

<http://www.damisela.com/literatura/pais/cuba/autores/heredia/poesias/desterrado>
[tm](#). Consultado en marzo del 2018.

Le Riverend, Julio y Hernán Venegas. *Estudios sobre el criollo*. Editora Política, 2005.

Luis, William. “Cecilia Valdés: The Emergence of an Antislavery,” *Afro-Hispanic Review*, vol. 2, 1984, pp. 15–19.

López de Velazco, Juan. *Geografía y descripción universal de las Indias*.

Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1894.

Manzano, Juan Francisco. *Autobiografía*, editado por Roberto Friol, Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, 1977.

Pichardo, Esteban. *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*.

Ciencias Sociales, 1976.

Saco, José Antonio. *Memorias sobre la vagancia*. Linkgua, 2017.

Segre, Roberto et al. *Historia de la arquitectura y el urbanismo: América Latina y Cuba*.

Félix Varela, 2008.

Solás, Humberto, director. *Cecilia*. ICAIC, 1982.

Suárez y Romero, Anselmo. *Francisco. El ingenio o las delicias del campo*, editado por

Mario Cabrera Saqui, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000.

Tanco y Bosmeniel, Félix. *Petrona y Rosalía*. Linkgua-Digital, 2016.

Torres-Cuevas, Eduardo. *En busca de la cubanidad*. vol. 1. Ciencias Sociales, 2006.

Villaverde, Cirilo. *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*, editado por Iván A. Schulman,

- Ayacucho, 1981.
- Vitulli, Juan M. y David M. Solodkow, editores. *Poéticas de lo criollo. La transformación del concepto “criollo” en las letras hispanoamericanas (siglo XVII al XIX)*. Corregidor, 2009.
- Wilson Varela, Luis Felipe. *Criollitas*. Palante, 1962.
- Luis, William. “Cecilia Valdés: The Emergence of an Antislavery Novel,” *Afro-Hispanic Review*, vol. 3, no. 2, 1984, pp. 15-19.
- Zenea, Juan Clemente. *Poesía*. Letras Cubanas, 1989.